

Catatumbo 2012

Mujeres en la tierra del Trueno.

por óscar paciencia

Bogotá 14 de julio de 2012

Arzelia de San Pablo ha heredado el *molino* (máquina de triturar el café) por Daniel Guerra, después de que en 2007 la guerrilla de las FARC lo ha asesinado en las proximidades de el Aserrio. Ahora es ella que se ocupa de producir, en asociación con un grupo de mujeres del país, el café *Sabor del Catatumbo*. Su orgullo es la calidad y el bajo coste.

Pero la producción de café - no es cierto en cantidades industriales - es casi una excusa. En efecto, las mujeres que participan de esta actividad forman parte de un grupo muy unido de que intentan, mediante actividades comunes y frecuentes reuniones, de emanciparse no sólo de la opresión política que viven en su comunidad, pero también de sus hombres, tratando de conquistar mayor espacio personal tanto en las organizaciones sociales (casi todas a privativa de los machos) que en el ámbito familiar, donde los hombres la hacen por dueño (en sentido literal).

El grupo de mujeres de San Pablo no es el único. A Filo Gringo y en Bovalì el recorrido de liberación (personal, político y organizativo) continúa, pese a la fuerte presión militar, el abandono del Estado, el reacutizarse de grupos paramilitares y el machismo reinante.

Marina y Yamile cuentan de la relevancia de sus grupos también en relación a la defensa del territorio: "Somos nosotras, más que los hombres, que entendemos la necesidad de cultivar la tierra sin productos químicos; que comprendemos cuanto los saqueos de nuestras riquezas por parte de las multinacionales nos deja cada vez más una tierra árida. Porque somos nosotras las que - en el 90% de los casos- debemos ocuparnos de la salud y del futuro de nuestros hijos. Somos nosotras, porque nuestros maridos o han sido asesinados o nos delegan todas las actividades de base".

Estas mujeres tienen recuerdos vívidos de los años oscuros (recientes, muy recientes) en el que mandar a la escuela (cuando las escuelas existían) los hijos y las hijas significaba estar todo el día aguantando la respiración en ansiedad. O ver el marido salir a las 4 de la madrugada para ir a trabajar en el campo y no volver a verlo nunca más.

Recuerdos negros de cuando los grupos paramilitares (o ejército camuflado) las terrorizaban con la amenaza de violación y cuando la amenaza se tramutaba en realidad. Estas mujeres forman parte de una población diezmada, huida y, a veces vuelta, despojada de todas sus posesiones (que ya era lo mínimo para sobrevivir), acostumbrada - sin acostumbrarse nunca - a cambiar lugar continuamente, a reiniciar siempre de nuevo.

Luego Ilyana, encontrada en una senda por las partes de San Calixto, acompañada de tres de sus ocho hijos en Municipio, para ver si alguien del Ayuntamiento podía ayudarla a poner en su lugar las placas de aluminio utilizadas como techo, que la tormenta de la noche anterior había literalmente hecho volar vía.

Ilyana narra de como el primero del año del 2008 el ejército nacional de la democrática República de Colombia le ha asesinado el marido, incontrándolo por un sendero, directo a Media Aguila, su comunidad. Asesinado y torturado y castrado y disfrazado de manera tal que hacerlo pasar por rebelde al aparecer. *Falsos positivos*, se dice. Cuando el ejército, para demostrar al gobierno (y el Gobierno a los financieros norteamericanos) que la 'lucha' a la guerrilla procede y cumple y que los gigantescos fondos militares no van al vacío, sequestra y mata campesinos, haciéndolos pasar por guerrilleros. "La Fiscalía me ha dicho, tras haberme hecho esperar días para retirar el cuerpo, que no debía desperdiciar lágrimas para ese perro de guerrillero puede que era" concluye Yliana retomando el camino (nueve horas de su comunidad al Ayuntamiento).

Pero a las atrocidades no hay fin. No existe sólo la injusticia paramilitar y militar, sino también (y quizá especialmente) la económica y social. Estas mujeres son las que experimentan de primera mano la falta de lugares adecuados para la educación de sus hijas y sus hijos (llamarlas escuelas sería una exageración); vivir la angustia del riesgo de que la generación más joven siga el mismo camino suyo, obligado a no conocer y no saber. Estas mujeres viven en carne propia curar enfermos, inventarse maneras para encontrar el dinero de las transferencias de los más grave en hospital, a veces lejano hasta dos días. Y no es poco el dinero que se necesita. Por ejemplo, 500.000 pesos (unos 220 euros) para un viaje en camioneta de ocho horas, cuando los ingresos de las familias más pobres son alrededor de 87.000 pesos mensuales.

Y sin embargo, una vez más, son estas mujeres que gritan los daños que el cultivo de coca produce en el tejido social de las comunidades, en la economía local, incluso sobre las necesidades alimentarias de las familias campesinas. De hecho casi en todas partes en el Catatumbo, el llamado pan coger (cultivo de alimentos básicos para la subsistencia: yuca, maíz, frijoles, arroz, etc.) ha sido sustituido por las plantaciones de coca. ¿Pero quien trajo la coca en el Catatumbo? ¿Quién se beneficia realmente de sus ganancias? Aquí los agricultores y sus familias, desde cuando llegó la coca, ni son no más patrones de sus hogares, que a menudo son tomados como rehenes durante los enfrentamientos entre el ejército y la guerrilla, en orden (aparente?) para controlar las plantaciones (o destruirlas). Hoy, los agricultores se ven obligados a usar la coca para obtener, con el dinero, lo que una vez ellos mismos cultivaban.

Pero no es sólo la coca. También es el Plan Colombia (acuerdo entre Estados Unidos y Colombia recientemente aprobado por el parlamento latino) que permitiendo el ingreso de productos alimenticios básicos extranjeros (en su mayoría transgénico y tratado químicamente), mucho más baratos, inoculados en el mercado por las grandes multinacionales de los alimentos norteamericanas y europeas, asegura que incluso lo poco que los agricultores pudieron vender, vayan pudridos o se marchitan en los campos.

Este tipo de economía que el Gobierno intenta hacerla pasar como 'locomotora para el desarrollo' no va ileso ante cientos de asociaciones, de las cuales muchas son de mujeres, que tratan de bloquear, de cambiar este arrogante inyección constante de mercancías a menudo contaminados y no muy saludables. Economía que necesita de los soldados para proteger las inversiones de los intereses de las grandes empresas transnacional a las que sólo les interesa tierra, agua y aire de estos lugares maravillosos.

Y son los sueños de paz, desarrollo humano y ambiental adecuados, nuevas perspectivas para las nuevas generaciones, de mezcla entre las diferencias entre indígenas, campesinas, Afro-descendientes, política limpia sin corrupción, organización de género, que permiten a las mujeres mantener alto su cabeza, sus ojos apuntando los tuyos, brazos extendidos para apoyar a quienes lo necesita.

Catatumbo significa tierra del trueno. Pero los truenos reales, rugido entusiasta para las comunidades de aquí, resistencia digna y contagiosa, son ellas: mujeres tímidas a veces, siempre indomables.